

Prólogo

Entre todas las ciudades episcopales que fueron además capitales de provincia en la Galicia moderna, pocas conservan, como Mondoñedo, su fisonomía e identidad urbanas de una forma tan precisa y definida. Había surgido como ciudad en la plenitud del Medievo, momento en el cual recibió su reconocimiento regio, cuando comenzó a levantar su gran templo y cuando conformó finalmente toda su realidad urbana, con su peculiar callejero, su plaza y la muralla que la definía. Estaba, pues, configurada, en lo esencial, en los años finales del siglo xv. Sin embargo, fue en los siglos principales del Antiguo Régimen cuando adquirió su imagen más característica, hasta el punto de que esta sería muy distinta si su silueta urbana no quedase dominada por las torres barrocas que presiden la fachada de su catedral que, en efecto, polarizan y rigen todo su horizonte urbano circundado por un entorno llamativo de muy majestuosas montañas. Por lo tanto, tiene sentido que, con tan evidentes virtudes arquitectónicas y paisajísticas, que fueron bien captadas por el conocido dibujante y viajero inglés decimonónico Richard Ford, fuese Mondoñedo declarada primero Conjunto Histórico, en 1985, con posterioridad pieza clave del Patrimonio de la Humanidad, por su relación directa con el Camino Norte de peregrinación a Santiago de Compostela, en 2015 y, más recientemente, como uno de los Pueblos más Bonitos de España, en 2017; méritos estos que, a no dudar, proclaman rotundamente su perfecta simbiosis de historia, arte, cultura y naturaleza, caracterizada además por tener una conservación excelente.

Quizá por este destacado atractivo urbano, sumado al hecho de que estaba también poco estudiado en la Edad Moderna, fue por lo que Javier Gómez Darriba, flamante doctor en Historia del Arte por la Universidad de Santiago, consideró que Mondoñedo merecía ser abordado como una obra de conjunto en el tiempo que señalamos. La época medieval había sido, de hecho, objeto de diferentes análisis por parte de distintos autores, del mismo modo que su catedral, que fue varias veces estudiada en su realidad edilicia y en sus fases constructivas; no así los tiempos que

se corresponden artísticamente con el Clasicismo, el Barroco y la Ilustración que constituyen momentos capitales de su historia y claves asimismo para comprender todo su resultado figurativo actual; de ahí que, ante esta mayor escasez de estudios que son además parciales y muy fragmentarios, Gómez Darriba se plantease abordar todo este tiempo histórico, desde el estudio minucioso de sus fuentes documentales que permanecían en su mayoría inéditas, con una lectura bibliográfica muy exhaustiva y crítica, y poniendo en valor el estudio urbano y arquitectónico del Mondoñedo moderno con un planteamiento metodológico adecuado y muy actual que saca a la luz todos sus valores representativos, funcionales y artísticos que lo consagran, ciertamente, como un interesante centro de poder secundario de carácter episcopal en la Galicia de su tiempo. Eso es, en definitiva, el libro que tengo el gusto de prologar y que lleva por título *Mondoñedo, 1550-1800. Arquitectura y urbanismo de una sede episcopal*.

Parte Gómez Darriba por ofrecer un estudio muy completo de cuáles fueron sus circunstancias históricas y su discreta demografía, señalando el autor con gran sinceridad que nunca fue Mondoñedo una ciudad ni grande, ni populosa, ni rica, ni siquiera en exceso monumental; aunque sí lo suficiente como para que quedaran marcadas en su tejido urbano todas las huellas arquitectónicas de su pasado desde el siglo XVI al XVIII donde concluye el autor su relato. No olvida señalar quiénes fueron los principales protagonistas de las obras más importantes, por lo general obispos que marcaron de manera decisiva el transcurrir de la diócesis; asimismo los momentos más dinámicos de su historia y, de manera más especial, el siglo XVIII que fue en particular brillante; tampoco olvida mencionar los maestros de obras y arquitectos que tuvieron un papel más destacado o señalar de donde vinieron o se formaron y cuáles fueron los estilos que dieron forma a sus principales obras que se expresaron en ocasiones con gran austeridad, otras veces con mayor ornato y, finalmente, de nuevo con el gran laconismo que caracteriza la arquitectura más desnuda del período ilustrado; todo para proseguir haciendo una lectura retrospectiva de gran relevancia, analizando el protagonismo de la forma urbana medieval que estudia en su plano urbano y en su callejero, precisando por lo demás muchas cuestiones que estaban pendientes: el nombre de las distintas calles, el circuito de la muralla original y la situación de sus seis puertas principales o el uso que se le dio a la plaza principal, que cumplió, ciertamente, con múltiples cometidos ya comerciales, representativos, religiosos o festivos y que la convirtieron claramente en un espacio de poder y en un enclave estratégico en el Mondoñedo histórico. Hace, pues, Gómez Darriba un discurso muy preciso que, arrancando del Mondoñedo medieval, prosigue decidido hasta el Mondoñedo moderno, analizando sus cambios y transformaciones y todo su equipamiento arquitectónico que es expresivo

de la mentalidad de su tiempo en una modesta ciudad episcopal provinciana y periférica.

Y por ese motivo, tras prestar la debida atención al hito monumental de la ciudad que no es otro que la catedral, que vivió en estos siglos notables cambios en su desnudo testero, en su claustro clasicista, en su transepto severo o en la curiosa fachada «barroca» que resultó tras hibridar el pasado medieval con las reformas modernas, pasa luego a analizar toda la arquitectura conventual —el llamado de la Encarnación, el de Vilalourente y el del Rosal—, las ermitas y santuarios que la poblaron, los edificios de uso asistencial y civil que tuvieron más relevancia y sin olvidar tampoco el nuevo seminario de Santa Catalina, el viejo Consistorio, las obras públicas como los puentes o las fuentes que se erigieron de nueva planta, para concluir con un análisis profundo de los cambios y ampliaciones que experimentó el palacio episcopal, la novedad que supuso que los obispos tuvieran también, en Masma, un palacio de verano con el nombre clarificador del Buen Aire o que tuviera la ciudad, junto a modestas viviendas, algunas casonas palaciegas de cierto nivel arquitectónico y vistoso estilo como fueron el pazo barroco llamado de Pillado o el ilustrado de Santomé.

Visto así, con notable brillantez y muy profundos conocimientos, Javier Gómez Darriba procede a hacer un estudio completo y ejemplar de una ciudad episcopal gallega de tipo medio en el que destacan muchas cuestiones de interés; entre ellas la personalidad generosa de varios obispos como fray Juan Muñoz y Salcedo, José Francisco Losada y Quiroga o Francisco Cuadrillero y Mota, entre otros; los distintos arquitectos que convirtieron Mondoñedo en un centro de un curioso cosmopolitismo provincial, pues actuaron allí maestros procedentes del País Vasco, Cantabria, Asturias, León, Cataluña y obviamente la propia Galicia, y que tienen asimismo el interés de ser en ocasiones de condición de civil —como Pedro de Artiaga, Pedro de Morlote, Diego Ibáñez Pacheco, Antonio Rodríguez Maseda o José Martínez Celiz— o, por el contrario, monjes legos vinculados a distintas órdenes religiosas como fue el caso del cisterciense fray Agustín de Otero, el alcantarino fray Lorenzo de Santa Teresa o los benedictinos fray Juan Vázquez o fray Benito de Ponte, a los que se une además el caso curioso de un ingeniero leridano, Guillermo de Cossío, que fue primeramente técnico laico dedicado a su profesión y luego monje vinculado a la arquitectura en el monasterio de San Salvador de Vilanova de Lourenzá, razón por la cual pasó, a partir de su entrada en religión, a anteceder su nombre con el tratamiento de «fray».

Asimismo, destaca en el estudio de Gómez Darriba el conjunto urbanístico que se formó en el Campo de los Remedios, extramuros de la ciudad, que tuvo personalidad propia y que se debió a la iniciativa de otro prelado eminente como fue el

caso del gallego fray Antonio Sarmiento de Sotomayor. Hay que verlo como un lugar de esparcimiento que sumaba a su condición de zona de recreo y muy bello «belvedere», el ser un centro de devoción local que estaba presidido por el santuario dedicado a la Virgen, pero también como una zona de varios usos, lo que explica la presencia de un hospital —el de San Pablo—, una cárcel y una fuente que contribuían a darle al conjunto un carácter polivalente muy actual para su tiempo. En consecuencia, podemos considerar el libro de Javier Gómez Darriba, no solo un estudio profundo y ameno a la vez de la ciudad de Mondoñedo, sino un testimonio científico que puede considerarse ejemplo extrapolable para estudiar otras villas y pequeñas ciudades de Galicia o de España que todavía carecen a día de hoy de un estudio urbanístico completo, tal como consideró el profesor Alfredo J. Morales Martínez en el juicio que emitió cuando valoró la tesis doctoral que hoy es base del libro que prologamos y al que contribuyeron también, con sus sagaces opiniones, los profesores Vidal de la Madrid Álvarez y Marta Cendón Fernández. Una suerte, pues, para Mondoñedo contar con una obra de tanto calado y con un autor como Javier Gómez Darriba que sin duda merece, por su buen hacer, todos los elogios.

ALFREDO VIGO TRASANCOS
Catedrático en Historia del Arte
Universidade de Santiago de Compostela